

“Las monjas”, de Eduardo Manet

Una ceremonia bárbara y libre

Angel Fernández-Santos

En el pequeño escenario del teatro Arlequín, de Madrid, encerrados, aprisionados por un tético poema como “Las monjas”, de Eduardo Manet, y por un dispositivo escénico claustral y sombrío, cuatro jóvenes actores —Antonio Corencia, Alberto de Miguel, Juan Pastor y Paca Ojea—, dirigidos por el primero de ellos, enseñan a un entorno inhibido qué es, en teatro, el sentido del riesgo, el oficio considerado como pasión y esa rara y emocionada forma de identidad que sólo se alcanza a través de la lucha. En nuestros higiénicos y cobardes escenarios hay todavía gente que sabe pringarse y extraer coraje de la blandura ambiental.

No asistí al estreno de esta representación. Tuve que ir ayer, viernes, en medio de una luminosa tarde, que no invitaba mucho a encerrarse más allá de la propia encerrona de nuestras calles. Pero, aprisionado por éstas, me metí en un teatro y encontré allí un poco de libertad. Eramos seis personas calladas para responder a los gritos de aquellos excelentes actores. No había forma de tender una ecuación digna entre la vibración del espectáculo y la fría soledad de la sala. Pero, por vía íntima, era posible calibrar que allí se había construido, con osadía, un conglomerado de poesía y violencia que está, o debe estar, en la raíz misma de todo acto teatral auténtico. Ignoro por qué la gente no acude a ver este espectáculo. Tal vez no ha sido llamada. Pero lo cierto es que hay pocas cosas de la altura de “Las monjas” en nuestra actual programación teatral madrileña.

El autor de “Las monjas” es Eduardo Manet, un cubano afinado en Europa, que, al menos en este exponente de su obra, hace honor al doble título: ecos de la tradición más osada de las vanguardias teatrales europeas coinciden con una convulsión directamente

de conciencia de sí mismo. Las formas bárbaras del despertar de un pueblo encuentran un oscuro eco en cuatro seres humanos que se identifican a través de una ceremonia igualmente bárbara que ha servido durante siglos para evitar aquel despertar: la liturgia católica en sus opresivas formas medievales.

En el subsuelo de una revolución negra, situada en una isla imprecisa, pero con ciertas connotaciones que bien pueden ser las del Caribe, tres monjas, o tres colonos blancos disfrazados de monjas —quede la opción frente al gusto de cada espectador libre— y una dama de la aristocracia, consumen su último acto de presencia en el mundo mediante la celebración, casi inconsciente, de una misa no simbólica, sino representada en su carácter directo de pasión, de ritual macabro y casi caníbal: una misa negra. Teatro sobre teatro. Muerte sobre muerte. Ceremonia sobre ceremonia. Reducción blasfematoria de un estertor conventual que es, al mismo tiempo, un sello de clase. Abajo, en el subsuelo, mientras en la superficie se consuma la Historia en sus formas más atroces, los residuos de la antigua clase colonizadora se pudren en un juego donde súbitamente aparecen las antiguas estructuras de su poder: religión, sexo, crimen, y esa secreta ambigüedad, casi dualidad, de los officiantes monjas-machos, que son algo similar a una réplica de la otra cara, la secreta, del poder político, su gusanera, su catabumba y su cadáver. Una terrible dicotomía, con reminiscencias de Genet, de Ghelderode, de Artaud y de otros ecos, que, no obstante, tiene cadencia propia. Teatro difícil, pero que hay que ver, encarar, soportar.

Es una pena que un espectáculo de esta especie, mejorable, pero lleno de pasión, talento y dignidad, pase desapercibido en el escenario